

Mensaje dos

La vida injertada y el vivir del Dios-hombre

Lectura bíblica: Ro. 6:3-5; Jn. 15:1, 4-5; 1 Co. 6:17; Gá. 2:20; Ro. 12:2; 8:4

- I. Por ser creyentes en Cristo, debemos llevar una vida injertada: una vida en la que somos un espíritu con el Señor y vivimos en una unión orgánica con Él—1 Co. 6:17; Jn. 15:1, 4-5:**
- A. La Biblia revela que la clase de relación que Dios desea tener con el hombre es aquella en la que Él y el hombre llegan a ser uno—1 Co. 6:17:
 - 1. Dios desea que la vida divina y la vida humana se unan, con el fin de que lleguen a ser una sola vida—Jn. 15:1, 4-5.
 - 2. Esta unidad es una unión orgánica, una unión en vida: una vida injertada.
 - B. A fin de que nosotros podamos ser injertados en Cristo, Él tuvo que pasar por los procesos de la encarnación, la crucifixión y la resurrección—1:14; 3:14; 12:24; 20:22:
 - 1. Cristo se hizo carne para ser la simiente de David, el Renuevo de David, a fin de que podamos ser injertados con Él—1:14; Mt. 1:1; Zac. 3:8; Jer. 23:5; 33:15.
 - 2. Cristo fue “cortado” en la cruz a fin de que nosotros podamos ser injertados en Él, y Él resucitó como Espíritu vivificante a fin de entrar en nuestro ser y hacernos un espíritu con Él—1 Co. 15:45b; 2 Co. 3:17a; Ro. 8:10; 1 Co. 6:17.
 - C. Por ser personas que han sido regeneradas, debemos llevar una vida injertada: una vida en la que dos partes se han unido para crecer orgánicamente—Jn. 15:1, 4-5:
 - 1. Después de haber sido injertados en Cristo, ya no debemos vivir por nosotros mismos, sino permitir que el Cristo *pneumático* viva en nosotros—Gá. 2:20.
 - 2. Ya no debemos vivir según nuestra carne ni según nuestro ser natural; más bien, debemos vivir según nuestro espíritu regenerado, un espíritu injertado con Cristo.
 - 3. Mediante tal injerto, somos unidos a Él, mezclados con Él e incorporados a Él para llegar a ser el Cuerpo de Cristo—Ro. 12:4-5.
 - D. La vida injertada no consiste en el intercambio de una vida por otra, sino que es fruto de un injerto: la mezcla de la vida humana con la vida divina—6:3-5; Jn. 15:1, 4-5:
 - 1. No hay intercambio de una vida por otra; más bien, la vida divina ha sido impartida, infundida, a la vida humana y la vida divina se ha mezclado con la vida humana.
 - 2. En nuestra experiencia cristiana la realidad más maravillosa es el hecho de que los creyentes en Cristo hemos sido unidos a Cristo de una manera orgánica.
 - E. En la vida injertada, la vida humana no es eliminada, sino fortalecida, elevada y enriquecida por la vida divina—Ro. 11:17-24:
 - 1. En la vida injertada, aunque la rama retiene características esenciales que le son propias, su vida es elevada y transformada por haber sido injertada en una vida superior.
 - 2. En la vida injertada la vida divina opera en nuestro ser a fin de depurarlo de todo elemento negativo—2 Co. 3:18.
 - 3. En la vida injertada la vida divina resucita la creación original de Dios, y nuestras facultades son elevadas—Jn. 11:25; Ef. 4:23.
 - 4. En la vida injertada la vida divina suministra las riquezas de Cristo a las partes internas de nuestro ser—Ro. 12:2.

5. En la vida injertada la vida divina satura todo nuestro ser; por medio de dicha saturación somos transformados y conformados a la imagen de Cristo—2 Co. 3:18; Ro. 8:29.

II. Vivir una vida injertada —una vida en la que somos uno con el Señor en unión orgánica con Él— es llevar la vida del Dios-hombre—Fil. 1:19-21a; Ro. 8:4:

- A. El Señor Jesús, el primer Dios-hombre, es el prototipo para la producción de muchos Dios-hombres, quienes, por ser Su reproducción, han nacido de Dios y poseen Su vida y naturaleza, por lo cual pertenecen a la especie de Dios—v. 29; Jn. 1:12-13.
- B. El vivir humano de Cristo fue el de un hombre que vivió a Dios para expresar los atributos divinos en las virtudes humanas—Lc. 1:26-35; 7:11-17; 10:25-37; 19:1-10:
 1. Cuando el Señor Jesús estuvo en la tierra, aunque era un hombre, vivió a Dios—Jn. 6:57; 5:19, 30; 6:38; 8:28; 7:16-17.
 2. El Señor Jesús vivió a Dios y le expresó en todo; todo lo que Él hizo era lo que Dios hacía desde dentro de Él y por medio de Él—14:10.
- C. Puesto que somos la expansión, el incremento, la reproducción y la continuación del primer Dios-hombre, debemos llevar la misma clase de vida que Él llevó—1 Jn. 2:6; 1 P. 2:21:
 1. El Señor, al llevar la vida del Dios-hombre, estableció un modelo para nuestro vivir como Dios-hombres, a saber: el hecho de ser crucificados para vivir a fin de que Dios pueda ser expresado en la humanidad—Gá. 2:20.
 2. Tenemos que negarnos a nosotros mismos, ser conformados a la muerte de Cristo y magnificarle mediante la abundante ministración de Su Espíritu—Mt. 16:24; Fil. 3:10; 1:19-21a.
 3. Aquel que llevó la vida del Dios-hombre es ahora el Espíritu que vive en nosotros y por medio de nosotros—2 Co. 3:17; 13:5; Ef. 3:16-19.
- D. A fin de llevar la vida del Dios-hombre, tenemos que vivir y andar conforme al espíritu mezclado—1 Co. 6:17:
 1. Para ser cristianos apropiados, tenemos que saber que hoy el Señor Jesús, la corporificación del Dios Triuno, es el Espíritu que mora en nuestro espíritu y que se ha mezclado con éste para ser un solo espíritu—2 Co. 3:17; 1 Co. 15:45b; 6:17.
 2. La Biblia únicamente exige una cosa de nosotros: que andemos conforme al espíritu mezclado—Ro. 8:4:
 - a. La clave para todo se encuentra en el maravilloso Espíritu, quien mora en nuestro espíritu regenerado y se ha hecho un espíritu con nuestro espíritu.
 - b. Vivir en el espíritu es permitir que Cristo nos llene y sature hasta que impregne todo nuestro ser, de tal manera que Él sea expresado por medio de nosotros.
 - c. Permanecer el uno en el otro, tal como se describe en Juan 15:4-5, es la manifestación práctica de que somos un espíritu con el Señor.
 - d. Cuando vivimos en el espíritu, espontáneamente llevamos la cruz—Mt. 16:24.
 - e. La mejor manera de hacer callar a Satanás es vivir en el espíritu—Ap. 12:11:
 - (1) Que estemos o no bajo la autoridad de Satanás no está determinado por las cosas que hagamos, sino por si estamos en el espíritu o en la carne—Gá. 5:16-17.
 - (2) Siempre y cuando permanezcamos en el espíritu mezclado, seremos resguardados, y Satanás no hallará cabida en nosotros—1 Jn. 5:4, 18-21.